

IUCUNDA SANE

Venerables hermanos: Salud y bendición apostólica

Huella de Gregorio el Grande

Nos viene a la memoria, Venerables Hermanos, el gozoso recuerdo de aquel grande e *incomparable varón* (*Martyrol. Rom*), el Pontífice Gregorio, primero que utilizó ese nombre, del que vamos a celebrar el décimo tercer centenario de su muerte. No sin una especial providencia de Dios, *que da la muerte y la vida..., que humilla y ensalza* (*1 Reg. II, 6, 7*), hemos de volver los ojos a este santo e ilustre predecesor, ornato y gala de la Iglesia, para que, también vosotros, Venerables Hermanos, llamados a participar en Nuestro apostolado, y todos los fieles que nos han sido encomendados, saquemos adelante cumplidamente nuestra misión, a pesar de las innumerables preocupaciones de Nuestro ministerio apostólico, en medio de tantas y tan profundas ansiedades en que hemos de gobernar la Iglesia universal y de las inquietudes que nos agobian. El ánimo ciertamente se eleva para tener confianza en su poderosa intercesión ante Dios, y es un gozo recordar todo lo que dispuso con sublime magisterio y lo que tan santamente realizó. Porque si con su firme gobierno y con la fecundidad de sus virtudes dejó en la Iglesia una huella tan amplia, tan profunda, tan clara que mereció ser llamado *el Grande* por sus contemporáneos y por la posteridad -y aún hoy, a pesar del tiempo transcurrido, es actual la alabanza escrita en su sepulcro: *vivió siempre lleno de bondades* (*Apud. Ioann. Diac., Vita Greg., IV, 68*), no podemos menos que seguir su admirable ejemplo y, con la ayuda

de Dios y a pesar de la fragilidad humana, cumplir con nuestros deberes.

Así estaban las cosas cuando llegó al Pontificado

Apenas es necesario recordar lo que ya es conocido por los datos de la historia. Cuando Gregorio asumió el supremo pontificado, era grande la perturbación de la sociedad; casi extinguida la vieja cultura, el imperio romano decaía dominado e invadido por toda suerte de barbarie. Italia, abandonada por los emperadores de Bizancio, era presa de los Longobardos que, sin asentarse, devastaban todo a hierro y a fuego en sus correrías, dejando todo sumido en luto y muerte. La misma Roma, asediada exteriormente por los enemigos, y afligida desde dentro por la peste, las inundaciones y el hambre, había llegado a tal extremo de miseria, que parecía no tener medio de salvar a sus habitantes ni a los que se refugiaban en ella. Hombres de toda clase y condición, obispos, sacerdotes que llevaban consigo los vasos sagrados para librarlos del pillaje, los religiosos y las esposas sin mancilla de Cristo: todos huían de la espada enemiga o de la inicua violencia de gente impía. El mismo Gregorio nos describe la Iglesia de Roma (Registrum I, 4 ad Ioann. episcop. Constantinop.): *una vieja nave, deshecha por la violencia... que hace agua por todas partes rota a diario por los embates de la tempestad y cuyas tablas carcomidas anuncian el naufragio*. Sin embargo, Dios envió para salvarla el piloto que hacía falta, y éste, empuñando el timón, llevarla a puerto entre aquel oleaje proceloso, guardándola de futuras tormentas.

Lo que hizo en trece años

Es de admirar todo lo que hizo en poco más de trece años de pontificado. Sobresalió en la restauración de la vida cristiana en general: reanimó la piedad de los fieles, la observancia de los religiosos; la disciplina del clero y el celo pastoral de los sagrados obispos. Fue como *un prudentísimo padre en Cristo* (*Apud. Ioann. Diac., Vita Greg., M, 51*), custodio del patrimonio eclesiástico, que atendió liberalmente y con abundancia las necesidades del pueblo, de la sociedad cristiana y de cada iglesia en particular. Como *verdadero enviado de Dios* (Inser. sepulcr.) llevó sus energías de organizador más allá de los límites de Roma, y se empleó en el bien de toda la sociedad. Hizo frente a las injustas exigencias de los emperadores de Bizancio, puso límite a la insolencia de los exarcas y funcionarios imperiales, y, como paladín de la justicia social, frenó su execrable avaricia. Aplacó la ferocidad de los Longobardos, no temiendo salir a las mismas puertas de Roma para enfrentarse con Agilulfo, lo mismo que León Magno hiciera con Atila; no desistió en su empeño y ruegos amables hasta ver a aquellas temibles gentes finalmente pacificadas y organizadas con un gobierno y convertidas a la fe católica, cosa que consiguió con la ayuda de la piadosa reina Teodolinda, hija suya en Cristo. Por eso, se le aplica justamente el calificativo de defensor y libertador de Italia, *tierra* a la que él llama cariñosamente *suya* (*Registr. V, 36 (40) ad Mauricium Ang.*). Gracias a sus inagotables atenciones pastorales, acabó con los errores que subsistían en Italia y África organizando la Iglesia en Francia, e impulsó la reciente conversión de los visigodos en España. También convirtió a la verdadera fe de Cristo al noble pueblo británico, que *en los remotos confines del mundo, permanece todavía infiel, adorando ídolos de madera y piedra* (*Ibid. VIII, 2 (30) ad Eulog. episcop. Alexandr.*). Al enterarse de tan

preciosa adquisición, Gregorio tuvo un gozo similar al del padre que abraza a su hijo queridísimo, ofreciéndoselo a Jesús Salvador, *por cuyo amor -como él mismo dijo- nos encontramos en Bretaña con unos hermanos a quienes no conocíamos; por cuya mediación encontramos a quienes, sin saberlo buscábamos* (Ibid. XI, 36 (28) *ad Augustin. Anglorum episcop.*). Esas gentes estaban tan agradecidos al santo Pontífice, que le llamaban *nuestro maestro, nuestro Apóstol, nuestro Papa, nuestro Gregorio*, como si fuese el resello de su apostolado. En fin, fue tanto lo que hizo, que el recuerdo de sus hechos se grabó profundamente en las generaciones posteriores, sobre todo en la Edad Media, hasta el punto de poder decirse que su espíritu las informaba, sus palabras eran como el alimento espiritual, y procuraban imitar su vida y sus costumbres; felizmente, una sociedad inspirada en el cristianismo sustituía a la romana que, con el transcurso del tiempo, había dejado de existir.

Su visión sobrenatural y su humildad

¡Este cambio es obra de la diestra del Altísimo! Y es justo afirmar que Gregorio Tuvo el firme convencimiento de que era la mano de Dios la que había hecho aquello. Con las siguientes palabras sobre la conversión de Bretaña - que pueden aplicarse a todo cuanto hizo durante su ministerio apostólico-, se dirige al santo monje Agustín: ¿De quién es obra esto, sino del que dijo: mi Padre sigue actuando, y yo también actúo? (Jn. V, 17). Para demostrar que la conversión del mundo no se debe a la sabiduría humana, sino a Su poder, eligió como predicadores a los ignorantes, enviándolos al mundo; lo mismo ha ocurrido con el pueblo inglés, porque se ha dignado hacer cosas grandes por medio de los débiles (Registr. XI, 36 (28)). No se Nos oculta todo lo que el Santo Pontífice, lleno de humildad, no quería atribuirse: su pericia para resolver los asuntos, su habilidad para llevar a feliz término lo que había

empezado; su admirable prudencia en las decisiones, su diligente vigilancia y su constante celo. Y también es evidente que no apeteció la fuerza y el poder, como los reyes de este mundo, quien -ocupando la más encumbrada dignidad pontificia-, quiso ser el primero en llamarse «*Siervo de los siervos de Dios*»; no sacó adelante su carga sólo con ciencia humana o *con persuasivas palabras de humana sabiduría* (I Cor. II, 4); su prudencia no se apoyó en puntos de vista mundanos; tampoco se dedicó a estudiar con prolongado detenimiento los medios de mejorar la sociedad, para ponerlos luego en práctica; finalmente, es admirable que todo eso no respondió aun plan preconcebido que él se hubiese propuesto desarrollar paulatinamente en su ministerio apostólico; por el contrario, como es sabido, tenía la idea fija de que el fin del mundo estaba próximo, y que le quedaba poco tiempo para hacer algo importante. Siendo su cuerpo flaco y débil, aquejado de constantes enfermedades, con frecuencia al borde de la muerte, tenía una increíble fuerza de espíritu, a la que continuamente proporcionaba nuevo aliento su fe viva en la palabra segura de Cristo y en sus divinas promesas. También confió plenamente en el poder divino entregado a la Iglesia, para poder cumplir bien su ministerio la tierra.

Como lo demuestra todo lo que dijo e hizo, durante toda su vida se propuso fomentar en sí mismo esa fe y esa confianza, despertándolas con fuerza en los demás; y mientras le llegaba su último día, procuró hacer siempre lo mejor, en todo lo posible. De ahí la firme decisión de este santo de hacer llegar, para la salvación de todos, la abundancia de dones celestiales, con que Dios enriqueció a la Iglesia: la certísima verdad de la doctrina revelada, y su eficaz predicación, como está demostrado; los sacramentos, que tienen el poder de infundir o aumentar la vida

del alma; y, por último, con el favor del auxilio divino, la gracia de la oración hecha en nombre de Cristo.

Nos proponemos imitarle

El recuerdo de todo esto, Venerables Hermanos, Nos conforta gratamente, y si miramos a nuestro alrededor desde las alturas del Vaticano, sentimos el mismo temor -o mayor quizá- que sintiera Gregorio: tantas son las tempestades que se desencadenan y tantos los ejércitos enemigos que acosan; nos parece estar tan desasistidos de todo poder humano, que no nos vemos con fuerzas para dominar a aquéllas ni para resistir el empuje de éstos. Pero al buscar un punto de apoyo, un suelo firme para esta Sede pontificia, Nos sentimos seguros en la roca de la Santa Iglesia. *¿Quién ignora, escribía Gregorio al patriarca Eulogio de Alejandría, que la Iglesia Santa se apoya en la solidez del Príncipe de los Apóstoles, solidez que nos hace recordar que el nombre de Pedro proviene de piedra? (Registr. VII, 37 (40)).* La eficacia divina de la Iglesia no ha disminuido con el paso del tiempo, ni las promesas de Cristo han traicionado a la esperanza; esas promesas son las mismas que fortalecían el ánimo de Gregorio, y las que Nos fortalecen, por encima de tantas dificultades actuales y de tantas vicisitudes por las que estamos atravesando.

Los reinos y los imperios desaparecen; con frecuencia, las naciones se destruyeron a sí mismas, a pesar de su fama y de su cultura, como agostadas por la vejez. Pero la Iglesia, fiel a su propia naturaleza, sin romper jamás el lazo que la une al celestial Esposo, vive hasta hoy como una flor de juventud perenne, sostenida por la fuerza que proviene del corazón traspasado de Cristo muerto en la Cruz. Los poderosos de la tierra la

combatieron; ellos han desaparecido, ella sobrevive. Los filósofos inventaron mil caminos, alabándose a sí mismos, como si por fin hubieran conseguido destruir la doctrina de la Iglesia, hundir los fundamentos de la fe y demostrar lo absurdo de su magisterio. Sin embargo, la historia enseña que aquellos caminos terminaron desiertos, mientras que la luz de la verdad que procede de Pedro ilumina con la misma intensidad con que Jesús la hizo nacer y la mantiene según la divina sentencia: *el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no fallarán* (Mt. XXIV, 35).

La Iglesia, luz y fuerza del mundo

Nos, con esta fe y apoyados en esta roca, sin dejar de hacernos cargo de los gravísimos deberes del sagrado gobierno y del poder divino que Nos sostiene, esperamos que callen las voces de los vocingleros y que desaparezcan para siempre de la Iglesia católica sus doctrinas; no tardaremos mucho en ver cómo se abandonan las afirmaciones de una ciencia y de una cultura que rechaza a Dios, o en ver cómo desaparecen de la sociedad. Entretanto, no podemos dejar de recordar todos, como hizo Gregorio, cuánta es la necesidad de recurrir a la Iglesia, que da la salvación eterna junto con la paz y la prosperidad terrenas en esta vida.

Así, como decía aquel santo Pontífice, *orientad los pasos de la mente, como habéis hecho desde el principio, hacia la seguridad de esa roca sobre la que nuestro Redentor, como sabéis, fundó la Iglesia en todo el mundo, de manera que el recto andar de un corazón sincero no se aparte por caminos equivocados* (Registr. VIII, 24 ad Sabiniam. episcop.). Sólo la caridad y la unión con la Iglesia *une lo dividido, pone orden en la confusión, nivela desigualdades y acaba con la imperfección* (Ibid. V, 58 (53) ad Virgil. episcop.). Estad seguros de que *nadie puede gobernar lo terreno si no sabe tratar*

lo divino, y que la paz de la sociedad depende de la paz de la Iglesia universal (Ibid. V, 37 (20) ad Mauric. Ang.).

De ahí la necesidad de un perfecto entendimiento entre la potestad eclesiástica y la civil, pues la providencia de Dios quiso que se ayudasen mutuamente. En efecto, *la autoridad. ..sobre todos los hombres proviene del cielo para ayudar a quienes buscan el bien, para ensanchar el camino de la gloria y para que el reino de la tierra sirva al de los cielos (Ibid. III, 61 (65) ad Mauric. Ang.).*

De estos principios brotaba aquella invencible fortaleza de Gregorio que Nos, con la gracia de Dios, trataremos de imitar, poniendo todos los medios para mantener incólumes los derechos y los privilegios de los que el Pontificado romano es custodio y defensor ante Dios y ante los hombres. De ahí que el mismo Gregorio, hablando de los derechos de la Iglesia universal, escribiese a los patriarcas de Alejandría y Antioquía: *hasta con la muerte debemos protegerlos, porque si no amamos especialmente lo nuestro, dañamos a todos (Registr. V, 41 (43)).* Y a Mauricio Augusto: *ante quien con arrogancia alza su cabeza contra el Señor omnipotente y contra lo establecido por los Padres, yo, confiado en Dios todopoderoso, no inclinaré la mía, aunque me amenace con la espada (Ibid, V, 37 (20)),* y al diácono Sabiniano: *estoy dispuesto a morir antes que apartarme de la Iglesia del santo Apóstol Pedro. Conoces bien mi manera de proceder, porque soy capaz de soportar mucho, pero si decido no soportar más, estoy dispuesto a enfrentarme a todos los peligros (Ibid. V, 6 (IV, 47)).*

Estas eran las principales enseñanzas del Pontífice Gregorio, obedecidas por todos aquellos a quienes se dirigían. y como los gobernantes y el pueblo hacían caso de ellas, el mundo se encaminaba por la buena senda hacia una convivencia noble y

fecunda, tanto mas cuanto que descansaban firmemente en los fundamentos de un recto uso de la razón y de una rectitud de costumbres, que sacaban su fuerza de la doctrina revelada por Dios y de los preceptos del Evangelio.

Pero en aquella época, las gentes, aunque ignorantes, incultas y carentes de sentimientos, buscaban la vida; y de nadie podían recibirla sino de Cristo a través de la Iglesia: *Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia (Jn. X, 10)*. En efecto, la tuvieron ampliamente, puesto que, como la vida sobrenatural procede de la Iglesia, en ella se incluyen y fomentan también las fuerzas que dan vida al orden natural, *Si la raíz es santa, también lo serán las ramas*, decía San Pablo a los gentiles, *...y tú, siendo acebuche, participaste con ellas de la raíz y de la abundancia del olivo (Rom. XI, 16, 17)*.

La situación hoy día

Nuestro tiempo, aunque está tan iluminado por el espíritu cristiano que no tiene punto de comparación con el tiempo de Gregorio, sin embargo, parece despreciar la vida de la que principal -y, con frecuencia únicamente- proceden como de una fuente los bienes pasados y presentes. y no sólo eso, sino que con errores y disensiones renovados, se trunca a sí mismo como rama inútil, y busca la raíz profunda del árbol -la Iglesia- pretendiendo secar su savia vital, para abatirlo definitivamente e impedir que vuelva a retoñar.

Este error moderno, el mayor de todos y del que proceden los demás, es la causa, que tanto nos duele, de la pérdida de la salvación eterna de los hombres y de los muchos daños que sufre

la religión, que se harán mucho peores si no se les aplica la medicina. Niegan la existencia de todo orden sobrenatural: que Dios sea el creador de todas las cosas y que su providencia gobierne todo; niegan que haya milagros y, negándolos, necesariamente destruyen los fundamentos de la religión cristiana. Atacan los argumentos que demuestran la existencia de Dios, y con increíble temeridad -contra los primeros principios de la razón-, se rechaza el poderoso argumento, que no admite prueba en contrario, de que la causa, es decir Dios y sus atributos se conoce por los efectos. *Las perfecciones invisibles de Dios, incluidos su eterno poder y su divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo, por el conocimiento que de ellas nos dan las criaturas (Rom. 1, 20).*

Después de esto, queda abierto camino fácil a otros fantásticos errores, que repugnan a la recta razón y corrompen las buenas costumbres.

En la gratuita negación del orden sobrenatural a la que se puede llamar *falsa ciencia* (I Tim. VI, 20), se apoyan críticas históricas igualmente falsas. Todo lo que de algún modo forma parte del orden sobrenatural, o lo constituye, o está unido a él o lo presupone, o lo que sin él no tiene explicación, es borrado de la historia sin haberlo siquiera investigado; eso ocurre con la divinidad de Jesucristo; con su carne mortal asumida por obra del Espíritu Santo; con el hecho de que, por su propio poder, resucitó de entre los muertos; y, finalmente, con las demás verdades de nuestra fe. Una vez emprendido ese falso camino, la ciencia no acepta ninguna ley crítica y, confiando en sí misma, suprime de los sagrados todo lo que no le favorece, o juzga que se opone a sus demostraciones. Negado el orden sobrenatural, es necesario buscar otro fundamento a la historia de los orígenes de la Iglesia, e

inventan novedades a su antojo, buscan argumentos que se acomodan a su gusto, y no al sentir de los autores.

Con semejante aparato doctrinal y tan falsos argumentos, engañan de tal modo a muchos, que éstos abandonan la fe o se debilitan grandemente en ella. Hay también quienes, aun constantes en su fe, critican implacablemente la disciplina, como si fuese la causa del mal, cuando en realidad no es así, sino que, utilizada legítimamente, conduce a investigar con óptimos resultados. Pero ninguno cae en la cuenta de lo que inadvertidamente están admitiendo y proponiendo: una ciencia falsa, que por necesidad les lleva a conclusiones también falsas. Es evidente que todo es confusión, si se parte de un falso principio filosófico. Estos errores nunca podrán ser suficientemente desmentidos, si no se buscan en su misma raíz, es decir, si no se aparta a los equivocados de las posiciones en que se consideran seguros y se les lleva al legítimo campo de la filosofía, cuyo abandono les llenó de errores.

Es triste tener que aplicar a hombres de tanta inteligencia y tan cultos las palabras de Pablo, que increpa a quienes no han sido capaces de elevarse desde la tierra hasta lo que no se ve con los ojos: *Devanearon en sus discursos, y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas; y alardeando de sabios, vinieron a ser necios* (Rom. I, 21, 22). Completamente necio debe ser llamado todo aquel que utiliza el poder de su inteligencia para construir sobre arena.

No son menos dolorosas las desgracias que, para las costumbres humanas y para la vida de la sociedad civil, se siguen de esa negación. Al negar que haya algo divino fuera de la naturaleza visible, no queda nada para controlar las pasiones desatadas y nefandas, que se apoderan de las almas y les causan

gravísimos daños. *De suerte que Dios los abandonó a los deseos de su corazón, a los vicios de la impureza, en tanto grado, que ellos mismos deshonraron sus propios cuerpos (Ibid. 1, 24).* No se oculta, Venerables Hermanos, cómo se extiende por todas partes la calamidad de costumbres corrompidas, que el poder civil no será capaz de contener, si no busca la ayuda de ese orden más alto, al que nos referimos. Ni tampoco habrá autoridad humana alguna que pueda curar los demás males, si olvida o niega que todo poder viene de Dios. Ese es el único freno con cuya fuerza se puede gobernar, pero esa fuerza ni se emplea con constancia ni está siempre en a mano; y eso lleva consigo que el pueblo padezca como una enfermedad oculta, que no tenga estímulo para nada, que se conduzca a su antojo, que fomente las discordias, alimentando así los más perturbadores desórdenes sociales, y que trastorne todos los derechos humanos y divinos. Olvidando a Dios, no se respetan las leyes civiles, ni las instituciones necesarias; se desprecia la justicia y se oprime hasta la libertad que es un derecho natural; se llega al extremo de disolver la unidad de la familia, que es el primer y más firme fundamento de la sociedad civil. Así, es muy difícil proporcionar a estos tiempos, tan hostiles a Cristo, los eficaces remedios que El entregó a su Iglesia para cumplir la misión de regir a los pueblos.

Sin embargo, fuera de Cristo no hay salvación: *Pues no se ha dado a los hombres otro nombre bajo el cielo, por el cual debamos salvarnos (Hech. IV, 12).* Es preciso volverse hacia El, echarse a sus pies, y escuchar las palabras de vida eterna que salen de su divina boca; sólo El puede indicar el camino para encontrar la salvación; sólo El puede dar la vida; sólo puede dar la vida quien dijo de sí mismo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida (Jn. XIV, 6).* De nuevo se ha intentado el gobierno de los asuntos temporales fuera de Cristo; se comenzó a edificar rechazando la

pedra fundamental, como Pedro echó en cara a los que crucificaron a Cristo. Una vez más, el sillar se desliza para abatir la cerviz de los que edifican. Jesús sigue siendo la piedra angular de la sociedad humana, que está comprobando la verdad de que la salvación no está más que en El: *Este es aquella piedra que vosotros desechásteis al edificar, que ha venido a ser piedra angular, y fuera de El no hay salvación* (Hech 4, 11, 12).

La responsabilidad de Los Pastores

Por todo esto, comprenderéis fácilmente, Venerables Hermanos, hasta qué punto nos acucia a cada uno de nosotros la necesidad de fomentar, todo lo que podamos y con todas nuestras fuerzas, la vida sobrenatural en todos los órdenes de la sociedad humana, desde el más humilde trabajador que con sudor gana cada día su pan, hasta los más poderosos rectores de la tierra. En primer lugar, pidiendo a Dios misericordia -con la oración privada y pública- para que nos conceda su poderoso auxilio, con la misma voz con que clamaban los Apóstoles, zarandeados por la tempestad: *Señor, sálvanos, que perecemos* (Mt. VIII, 25).

Pero aun esto es poco. Gregorio culpaba al obispo que, apartándose del amor divino y de la oración, no acudía al campo de batalla para defender decididamente la causa del Señor: *Lleva inútilmente el nombre de obispo* (Registr. VI, 63 (30). Cfr. Regul. Past. I, 5), decía con razón. Hay que iluminar las inteligencias predicando constantemente la verdad, y refutando las malas teorías con una verdadera y sólida ciencia filosófica y teológica, y con todos los auxilios que proceden del genuino progreso de la investigación histórica. Además conviene que se hagan llegar a todos las enseñanzas morales de Cristo, para que aprendan a ser dueños de sí mismos, a dominar las pasiones, a reprimir la orgullosa soberbia, a obedecer a la autoridad, a vivir la justicia, a ser

caritativos con todos, a mitigar con amor cristiano los odios que hay en la sociedad entre los de fortuna desigual, de modo que todos se conformen con lo que la Providencia les haya dado, y procuren mejorar cumpliendo bien su trabajo; y, sin abismarse en los bienes de la tierra, pongan su esperanza en los bienes sempiternos de la vida futura. Sobre todo, debe procurarse que estas ideas se inculquen y se asienten en el alma de modo que sean más profundas las raíces de una verdadera y sólida piedad, y que cada uno cumpla sus deberes de hombre y de cristiano no de palabra, sino de verdad, y tenga una confianza filial en la Iglesia y sus ministros, pidiéndoles el perdón de los pecados; robustecidos con la gracia de los Sacramentos, acomodarán su vida a los preceptos de la ley cristiana.

Estas obligaciones del sagrado ministerio deberán estar empapadas en el amor de Cristo, con cuya inspiración no habrá ningún caído a quien no levanten, ni afligido sin consuelo, ni necesidad alguna a la que no acudamos. Debemos vivir tan plenamente esta caridad, que ante ella desaparezcan nuestros problemas personales, olvidando nuestro propio interés y nuestra comodidad, de modo que *hechos todo para todos* (I Cor. IX, 22), busquemos la salvación de todos, incluso a costa de nuestra vida, imitando el ejemplo de Jesucristo, que decía a los pastores de la Iglesia: *el buen pastor da su vida por sus ovejas* (Jn. X, 11). En magníficos documentos se recogen los escritos que Gregorio dejó, aunque dio un ejemplo todavía más valioso con su admirable vida que con sus palabras.

Lo que los Pastores no deben hacer

Por todo esto, que surge necesariamente de los principios de la revelación cristiana y de las íntimas obligaciones de nuestro apostolado, ya veis, Venerables Hermanos, cuánto se equivocan los que estiman que serán más dignos de la Iglesia y trabajarán con más fruto para la salvación eterna de los hombres si, movidos por una prudencia humana, distribuyen abundante la mal llamada ciencia, movidos por la vana esperanza de que así pueden ayudar mejor a los equivocados, cuando en realidad los hacen compañeros de su propio descarrío. Pero la verdad es única y no puede dividirse; permanece eterna, sin doblarse a los tiempos: *Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre (Hebr. XIII, 8)*.

También se equivocan por completo los que, dedicándose a hacer el bien, sobre todo en los problemas del pueblo, se preocupan mucho del alimento y del cuidado del cuerpo, y silencian la salvación del alma y las gravísimas obligaciones de la fe cristiana. Tampoco les importa ocultar, como con un velo, algunos de los principales preceptos evangélicos, temiendo que se les haga menos caso, e incluso se les abandone. Al proponer la verdad, será prudente proceder con tacto; cuando se hayan de tratar asuntos con quienes desprecian nuestras instituciones y viven completamente apartados de Dios, como decía Gregorio, *al curar las heridas, es preciso tocarlas antes con mano delicada (Registr. V, 44 (18) ad Ioannem episcop.)*. Pero este procedimiento se quedaría en prudencia de la carne, si se pusiese en práctica así, sin más; sobre todo, porque daría la impresión de que se tiene en poco a la gracia divina -que no sólo se concede a los sacerdotes, sino a todos los fieles de Cristo-, y con la que nuestras palabras y nuestros hechos acaban venciendo toda resistencia. Esta clase de prudencia fue desconocida para Gregorio, tanto en la predicación del evangelio, como en todo lo que admirablemente hizo para

remediar las desgracias del prójimo. Siempre siguió las huellas de los Apóstoles, que al recibir la primera misión de anunciar a Cristo por la tierra, decían: *Predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, necedad para pus los gentiles (I Cor. 1, 23)*. Porque si ha existido algún tiempo en que pareciese más oportuna la prudencia humana, fue aquél, sin duda, ya que los ánimos no estaban preparados para recibir una doctrina nueva que contrastaba con las ambiciones generales, y tan opuesta a la magnífica cultura de los griegos y los romanos. Sin embargo, los Apóstoles no hicieron caso de esa prudencia, porque conocían bien los designios divinos: *Dios quiso salvar a los creyentes por la necedad de la predicación (I Cor. 1, 21)*. Esa necedad, como siempre, también ahora es *poder de Dios para tus los que se salvan, es decir, para nosotros (I Cor. 1, 18)*. Como antes, también contaremos con armas poderosas en *el escándalo* de la cruz; como entonces, también en adelante venceremos con este signo.

Ante todo, los Pastores deben ser santos

Sin embargo, Venerables Hermanos, estas armas perderán toda su eficacia, y no servirán de nada si los que las manejan no llevan una vida de íntima comunión con Cristo, si no tienen una auténtica y profunda piedad y no arden en deseos de dar gloria a Dios y extender su reino. Consideraba todo esto el Papa Gregorio de tanta importancia que procuraba con delicadeza extrema, al ordenar nuevos sacerdotes y obispos, que todos ellos buscasen sólo el honor de Dios y vibrasen en un auténtico celo por las almas. y esta preocupación se refleja en su libro titulado *Regula Pastoralis*, en el que se dan normas para una adecuada formación del clero y para el gobierno de los obispos; normas no sólo válidas para su tiempo sino también para esta época nuestra. Además, mientras

describe con detalle cómo ha de ser la vida de éstos, *como un Argos luminoso, pasea su mirada llena de una honda preocupación pastoral por todo el orbe de la tierra* (Ioan. Diac. Lib. II, c. 55), para ver si se ha producido alguna desviación o negligencia en el clero y corregirlas en seguida. El solo pensamiento de que el fango y la corrupción pudiesen penetrar insensiblemente en la vida de los clérigos, le llenaba de terror. Si descubría que algo se había hecho en contra de la legislación de la Iglesia, se preocupaba muchísimo y no encontraba Sosiego. Entonces se le veía amonestar, corregir, amenazar una y otra vez con penas canónicas a los transgresores de la ley; él, personalmente, imponía a veces estas penas y, a los indignos, sin retrasarlo lo más mínimo ni importarle las hablaturías de la gente, quitaba las licencias.

Solía aconsejar cosas que aparecen con frecuencia reflejadas en sus escritos: *¿Cómo puede interceder por los hombres delante de Dios quien con la dedicación de su propia vida no se muestra consciente de que participa de Su gracia?* (Reg. Past. I, 10). *Si en su conducta se manifiestan las pasiones, ¿con qué atrevimiento se apresura a curar al herido, el que muestra en su rostro las mismas heridas?»* (Ibid. I, 9) *¿Qué frutos podrán conseguirse en los fieles, si los pregoneros de su doctrina, niegan con sus vidas lo que enseñan con sus palabras?* (Ibid. I, 2). *Ciertamente no tiene fuerza para ayudar en las caídas ajenas, aquel a quien sus mismas faltas tienen hundido* (Ibid. I, 11).

Piensa cómo ha de ser un sacerdote verdaderamente ejemplar y lo describe de esta forma: *Muriendo a las pasiones de la carne, vive ya sólo para el espíritu; desprecia los halagos del mundo; no teme las contrariedades y sólo busca una auténtica vida interior; no le mueve la ambición sino que por el contrario entrega con generosidad todo lo suyo; su corazón está pronto para perdonar,*

pero nunca, por una compasión mal entendida, falta con su perdón a la verdadera justicia, nunca hace cosas malas, y siente y desagravia por los pecados ajenos como por los suyos propios; sufre con los padecimientos ajenos y goza con las alegrías de los otros como con los suyos; puede servir de modelo para los que le rodean, porque en toda su conducta no hay nada de qué avergonzarse; desea vivir de tal forma que pueda inundar del frescor de su doctrina incluso los corazones más áridos de los que con él conviven; y ha aprendido por propia experiencia que por la perseverancia en la oración puede obtener de Dios lo que le pide (Ibid. I, 10).

Qué clase de sacerdotes deben ordenar los Obispos

Así pues, Venerables Hermanos, ¡con cuánta profundidad debe reflexionar el obispo en su interior y en la presencia de Dios antes de imponer las manos a los nuevos sacerdotes! *y ni por influencia, ni por súplica alguna -dice Gregorio- se atreva a ordenar a ninguno, sino sólo a aquellos que por su forma de vida se hayan mostrado dignos del sacerdocio (Registr. V, 63 (58) ad universos episcopos per Hellad.).* ¡Cuánta prudencia necesita antes de confiar las tareas pastorales a los recién ordenados sacerdotes! Si no han sido debidamente probados bajo la constante vigilancia de prudentes sacerdotes, si no han demostrado llevar una vida honrada, tener un espíritu piadoso y capacidad de obedecer a todo lo que es enseñanza o experiencia constante de la Iglesia, y de obedecer también *a los obispos a los que el Espíritu Santo colocó para gobernar la Iglesia de Dios (Hech. XX, 28)*, es de prever que sólo se ordenarán sacerdotes no para salvar, sino para perder al pueblo de Dios. Pues no sólo sembrarán discordias, sino que provocarán rebeldías más o menos escandalosas, presentando ante el pueblo un triste espectáculo, como si hubiera falta de unidad dentro de la

misma Iglesia, cuando en realidad todo eso se ha de atribuir, lamentablemente, a la soberbia y a la contumacia de unos pocos. ¡Lejos, muy lejos de todo ministerio deben estar los que provocan las discordias! La Iglesia no necesita de semejantes apóstoles y éstos no hacen el apostolado de Jesucristo sino su propio apostolado.

Nos parece tener todavía ante nuestros ojos la figura de Gregorio en el Concilio de obispos del mundo entero celebrado en Letrán, en presencia de todo el clero de la Urbe. ¡Con qué fluidez brotaron sus palabras acerca de la misión de los clérigos! ¡Qué amor le consumía! Su discurso cayó sobre los hombres malos como un rayo. Son sus palabras como látigos que hacen reaccionar a los más pasivos. Son llamas de amor de Dios que consumen suavemente a las almas más fervorosas. Leedlas a fondo, Venerables Hermanos, y vuestro clero debe leerlas también, meditarlas; de manera especial en los días, de retiro anual llevad a vuestra oración las palabras de este santo Pontífice (Hom. in. Evang. I, 17).

Con gran tristeza se plantea esta cuestión entre otras:*El mundo está lleno de sacerdotes, pero a pesar de eso, en la mies de Dios apenas se encuentran operarios; porque recibimos el orden sacerdotal, pero no cumplimos los deberes que lleva consigo* (Ibid. n. 3) y realmente, ¡cuántos hombres reuniría hoy la Iglesia si pudiese contar con un hombre en cada uno de los sacerdotes! ¡Qué abundancia de frutos para los hombres brotaría de la vida divina de la Iglesia, si cada uno se dedicase a explicar la verdadera doctrina! Al actuar de esta forma levantó el Papa Gregorio un gran entusiasmo, que no sólo duró mientras él vivía, sino que se alargó también a los años siguientes. y así, a ese tiempo se le conoce con el nombre «*época gregoriana*», porque de Gregorio recibió casi

todo su impulso: las leyes de gobierno del clero, la institucionalización del estado de perfección y de la vida religiosa, y, por último, la música sacra y la ordenación del culto.

Predicar la doctrina

Después vinieron tiempos muy distintos. Frecuentemente decimos que en la vida de la Iglesia nada ha cambiado. La Iglesia posee una fuerza recibida de su divino Fundador por la que, en cualquier época sea la que sea, puede cuidar no sólo de las almas, que es su misión más específica, sino que también contribuye al desarrollo y perfeccionamiento de la humanidad, tarea que deriva de la misma naturaleza de su ministerio.

Es más, puede suceder que la misma revelación divina que ha sido entregada a la Iglesia para que la custodie, ponga de relieve en las cosas materiales lo que tienen de verdadero, de bueno, de bello, tanto más cuanto que todo ello hay que referirlo a Dios que es la suma verdad, la suma bondad y la suma belleza.

Grandes beneficios proporciona la doctrina divina a la ciencia humana, porque a través de ella puede descubrirse más amplitud de horizontes para nuevos descubrimientos incluso de orden natural, y porque allana el camino para la investigación y previene contra los errores que pueden derivarse bien de la razón, bien del método seguido para investigar la verdad y así resplandece como el faro en un puerto, dando luz a los que navegan en la noche, sobre muchas cosas que permanecerían envueltas en tinieblas y ayudándoles a evitar los escollos que les harían naufragar, si su nave se estrellase contra ellos.

En lo que se refiere a las costumbres, el Señor, Salvador nuestro, nos propone como ejemplo supremo de perfección a la misma bondad divina, a su Padre (Mt. V, 48), y ¿quién no ve la cantidad de

energía que podemos sacar de esto para que la ley natural, inscrita en los corazones de los hombres se cumpla cada vez con más perfección y profundidad, de manera que el individuo, la familia y toda la sociedad humana gocen de una mayor felicidad? Fue realmente esta fuerza la que transformó en civilización la brutalidad de unos hombrs bárbaros, la que reivindicó la dignidad de la mujer, la que acabó con la esclavitud, e instauró un orden nuevo, después de romper las cadenas con las que estaban atados las distintas clases de ciudadanos, la que devolvió la justicia, promulgó la verdadera libertad y veló por la paz, tanto familiar como pública.

Las artes al servicio de la vida de piedad

Por último las artes, al tender hacia Dios, ejemplo supremo de toda belleza, y del que proceden las especies y las formas singulares que aparecen en la naturaleza de las cosas, se apartan con más facilidad de todo lo vulgar y expresan con más fuerza la realidad captada por la mente, hecho en el que radica la vida del arte. y es imposible decir cuánto bien ha hecho el arte puesto al servicio de la religión porque ofrece a Dios algo muy digno, por su riqueza, belleza y elegancia de formas. Es éste el motivo y el origen del arte sagrado, sobre el que se ha apoyado y se sigue apoyando todo arte profano. Hace muy poco tiempo hablamos con más detalle de este tema en un *Motu proprio*, en el que volvíamos en el canto romano y en la música sacra a todo lo establecido por nuestros antecesores. Y como las demás artes, sea cual sea su forma de expresión, se rigen todas por las mismas leyes, lo que se puede decir del canto, igual se puede aplicar a la propia pintura, a la escultura y a la arquitectura que, como muy nobles expresiones del genio humano, la Iglesia siempre promovió y alentó. Educada por tanta be la humanidad levanta templos en los que los espíritus

se remontan hacia los bienes celestiales, como en la propia casa de Dios, envueltos por el esplendor de las artes, por la sublimidad de las ceremonias, por la armonía de la música.

Como hemos dicho ya, el Papa Gregorio aportó estos beneficios a su época y los tiempos que siguieron. Lo mismo podremos conseguir ahora si nos apoyamos en tan sólido fundamento y empleamos medios adecuados para mantener lo bueno que, gracias a Dios, todavía queda, y para *instaurar en Cristo* (Efes. 1, 10) todo lo que se ha descaminado.

Exhortación final

Nos gusta poner fin a nuestra carta con las mismas palabras con que el Papa Gregorio finalizó su discurso pronunciado ante el Concilio de Letrán: *Pensad esto detenidamente y transmitidlo a cuantos os rodean. Preparaos para dar fruto a Dios omnipotente en la tarea que os ha encomendado. Pero esto que os decimos lo conseguiremos mejor rezando que hablando. Oremos: Dios, que nos quisiste llamar como pastores de tu pueblo, concédenos, te rogamos, que lo que decimos con nuestras palabras sea una realidad ante Tus ojos* (Hom. cit.n. 18).

Mientras confiamos que, por la intercesión del Papa San Gregorio, escuchará benigno nuestras súplicas Dios Nuestro Señor, dador de todos los dones celestiales y testigo de nuestra paternal benevolencia, impartimos, llenos de cariño nuestra Bendición Apostólica para todos vosotros. Venerables Hermanos, para el clero y para vuestro pueblo.

Dado en Roma, en San Pedro, el 12 de marzo de 1904, fiesta de San Gregorio, Papa y Doctor de la Iglesia, en el primer año de nuestro Pontificado.

PÍO PAPA X